

Infamias

Por Fernando Butazzoni

En este tiempo callar es casi un crimen. La peligrosa cadena de acontecimientos que vive el mundo desde el año 2001 impone una cierta ética del relato, que siempre será parcial, defectuoso, pero que en definitiva sirve como contención a tanto silencio.

Cada día todos y cada uno de nosotros somos un poco menos libres, aunque no tengamos conciencia de ello. La enormidad de esta afirmación viene de la mano de inquietantes noticias que llegan de Europa y de EEUU, y que nos ponen al corriente del establecimiento en varios países de medidas antiterroristas que, en los hechos, consisten en la supresión lisa y llana de los derechos civiles de muchas personas, es decir de todas las personas. El problema está en que ese avasallamiento es, como corresponde a esta época, global: no distingue ni respeta fronteras. Así, nadie debe sentirse lo bastante alejado de la larga mano del emperador o de sus procónsules.

Tony Blair lo dijo con claridad meridiana la semana pasada: “*venir a la Gran Bretaña no es un derecho*”. Traducido al lenguaje de estos tiempos significa que nadie podrá reclamar después por los abusos o crímenes cometidos en ese territorio por la policía, el Ejército o los servicios secretos, todos vestidos con el camuflaje de una cruzada contra el terrorismo internacional. De esa forma la política antiterrorista europea calza como anillo al dedo con las cada vez más restrictivas políticas de inmigración. Europa mata dos pájaros de un tiro, y el derecho a la libre circulación de las personas queda conculcado o, peor aún, sujeto a la amenaza de muerte. Yo lo pensaría dos veces antes de viajar a Londres en visita turística. Es cierto que puedo volar por los aires en un atentado, pero no es menos cierto que los policías británicos pueden confundirme con un terrorista y pegarme un balazo.

Este escenario se corresponde con otros no menos alarmantes. Entre la oposición demócrata de Washington, por ejemplo, se manejan distintos informes coincidentes acerca de la situación en la que viven cientos de personas de distintas nacionalidades encarceladas en la base naval de Guantánamo. Ellas fueron arrestadas cuando EEUU ocupó Afganistán, y en su momento recibieron la acusación genérica de terrorismo. Ni siquiera se contempló la posibilidad de que los detenidos fueran declarados prisioneros de guerra. La Casa Blanca dijo no. Ni siquiera eso. Eran menos que eso.

Menos que nada. Eran terroristas, y como tal los iban a tratar: una jaula bajo el sol, a pan y agua, sin derecho a abogados ni juicio posible.

El sustento moral de esa aberrante situación jurídica no existe. Pero lo extraordinario es que, como si se tratara de una muñeca rusa, Guantánamo —que es en sí una aberración— encierra tras sus alambrados una aberración dentro de otra y ésta dentro de otra. El *Washington Post* informó que la CIA mantiene en el interior de la prisión de Guantánamo un centro clandestino de reclusión para prisioneros de diferentes partes del mundo. Esa prisión supersecreta, sobre la que no tienen jurisdicción ni siquiera las autoridades militares norteamericanas de la base, está oculta de la vista de los soldados en el centro mismo del lugar conocido como “Camp Echo”. Los informantes del *Washington Post* han señalado que allí hay personas que, supuestamente, son “*valiosos informantes de Al Qaeda*” y que proceden de distintos países: Pakistán, Arabia Saudita, Yemen y varias naciones del occidente africano.

“Estos traslados se hacen en el más absoluto secreto”, dice el *Post* que dicen las fuentes (que, por cierto, no fueron desmentidas y son altos oficiales de la inteligencia de EEUU). El secreto de los traslados está relacionado con el secreto de los operativos de detención en sus propios países, lo cual significa que esas personas son ni más ni menos que desaparecidos. Países en los que existen gobiernos dictatoriales fuertemente relacionados con EEUU han autorizado estas operaciones encubiertas, que no son registradas por los medios locales de comunicación. Los familiares de estas personas, arrestadas en diferentes circunstancias y momentos, sólo saben eso: que sus parientes fueron detenidos. Nadie les dijo por qué, nadie les informó que fueron sacados ilegalmente de sus países ni que fueron trasladados en vuelos secretos hasta Guantánamo, donde permanecen fuera de cualquier registro jurídico o humanitario. El Comité Internacional de la Cruz Roja ha reclamado conocer la situación, pero los voceros del Departamento de Estado han respondido a la antigua usanza: “¿Cuál situación?”.

El hecho concreto es que de los casi seiscientos prisioneros que EEUU mantiene en Guantánamo solamente cuatro han sido acusados de algún tipo de delitos. Ni siquiera la inexistencia de garantías jurídicas de cualquier tipo ha servido para poder formular cargos contra esas personas. Ahora se anuncia que en pocas semanas muchos de esos prisioneros volverán a Afganistán, aunque el gobierno títere de Karzai todavía no ha decidido qué hacer con ellos.

Esta misma semana se supo que las autoridades británicas lograron deportar desde Zambia a un presunto instigador de los atentados de Londres. El tipo ya está tras las rejas, a disposición de los sabuesos de Scotland Yard y del MI6, los mismos que reivindicaron su derecho a equivocarse cuando le metieron siete balazos en la cabeza a un joven brasileño que tuvo la mala idea de correr para no perder el metro, en pleno centro de la capital inglesa. El muchacho era electricista, y no tenía ninguna

vinculación con terroristas, extremistas, anarquistas o lo que fuera. Hubo una polémica acerca de si el chico estaba en condiciones regulares en Gran Bretaña, pero esa polémica fue pura distracción, pues los policías que lo asesinaron no lo investigaron ni le pidieron documentación alguna. Simplemente lo balearon.

La colaboración entre los servicios secretos de EEUU y gobiernos extranjeros no es nueva. La utilización de esa cooperación para cometer todo tipo de crímenes tampoco. Pero lo que sí alarma es la complacencia internacional en la globalización de dichas prácticas, y la escasa repercusión que la misma tiene en los medios de comunicación por estos días. Hay una especie de guerra encubierta que se libra al mismo tiempo que la supuesta guerra contra el terrorismo. En esa guerra encubierta las informaciones son distorsionadas o silenciadas, los periodistas son acosados, amenazados, arrestados o directamente asesinados y el miedo es la carta de triunfo con que se manejan los gobiernos. Eso ocurre en Pakistán, en Afganistán, en Egipto, en Yemen y en otros países de la región, del mismo modo que en la década de 1970 eso mismo ocurrió en casi toda América Latina.

Hay numerosas convenciones internacionales contra la tortura, pero ninguna de ellas sirvió para evitar que a los prisioneros en Guantánamo y en otras bases militares de EEUU se los sometiera de forma sistemática a castigos físicos severos. En realidad, es probable que deban pasar muchos años hasta que sepamos la verdadera dimensión del horror que se ha vivido y se vive aún en esas prisiones. El caso de las fotos publicadas por la prensa británica el año pasado, en las que se veía a varios oficiales de la Infantería de Marina de EEUU torturando a presos iraquíes en una cárcel de Bagdad, terminó sirviendo para que rodaran algunas cabezas de turco. Pero la política de torturas sigue aplicándose.

En general, debe decirse sin pudor que el gobierno de los EEUU hace lo que se le da la gana, tanto fuera como dentro de sus propias fronteras. Los espantosos episodios del 11 de setiembre del 2001 en EEUU, y los atentados subsiguientes de Madrid y Londres, han propiciado la arremetida contra los vallados jurídicos que pudieran alzarse frente a esa voluntad omnímoda. La lucha antiterrorista lo justifica todo, y lo hace con la misma velocidad con que la presunta multipolaridad del mundo se desvanece. No hay enemigo que de verdad le pueda hacer frente a EEUU, así que los otros países poderosos se saben, incluso en su poder, inmensamente más débiles, y por eso callan. Las naciones pequeñas consideran que su propia insignificancia militar, política y económica es una coartada lo bastante buena como para guardar silencio y evitarse inútiles dolores de cabeza, que sólo traerán dificultades comerciales, inestabilidad económica y sacudimientos políticos, y por eso callan. El mundo unipolar de este tiempo es un mundo lleno de silencios tristes, cuando no hipócritas.

Por estos días el imperio muestra su esencia. Feroz y maligna, ella se compone de insolidaridad y desamparo, de fuerza bruta y cantos de sirena.

Revela lo que no es y esconde lo que es. Con el terror combate al terror, y a la muerte le opondrá la muerte. Ante semejante precipicio, muchos sienten el vértigo en las rodillas. El miedo, por momentos, parece que gana la partida. Es verdad que no alcanza con denunciar estas afrentas, pero callarlas es una infamia.